

PROLOGO AL LIBRO " TIERRA SENTIDA " , DE ANTONIO GOMEZ

PULIN

Mi coincidencia con el autor en la inquietud literaria y en el amor a los libros no hubiera podido moverme, por sí sola, a prologar su obra; han sido necesarios la fuerza de nuestra amistad y su insistir amable, para que me decidiera a hacerlo. Dicho sea ésto en elogio suyo, que ha podido escoger pluma y personalidad relevantes -que viste mucho- y ha preferido, sin embargo, al amigo; al amigo que no puede poner en el empeño otra cosa que el cariño, el interés y la satisfacción con los que ha leído el libro. Queda así justificada la presencia de estas líneas preliminares.

De Antonio Gómez Pulín, más que ofrecer al lector una convencional y breve reseña biográfica, prefiero destacar aspectos de su apasionada y absorbente vocación. Para él escribir no es ociosa distracción ni simple divertimento; tampoco vano deseo de notoriedad —que no precisa—, ni pretensión de sobresalir como intelectual; es algo más terrible, emocionante y sugestivo: necesidad acuciante, imperiosa, ineludible. Y como toda necesidad, unas veces causa dolor, desasosiego, desesperanza; otras, en cambio, gozo, alegría, felicidad...

Escribir, como vivir, es siempre una aventura. En la impoluta blancura del papel existe algo mágico é imprevisible, que trastoca la idea previamente madurada, hace expresar, de forma insólita y distinta, el pensamiento é influye para que los personajes se rebelen o nos conduzcan por caminos nunca imaginados. Hasta tal extremo resulta cierto el fenómeno, que el protagonista inventado se convierte, con frecuencia, en creador de quien lo engendró: Cervantes no existiría en el recuerdo sin el irrepetible Caballero de la Triste Figura; Goethe, sin Fausto; Shakespeare, sin Hamlet... La ficción llega a

ser más fuerte y consistente que la propia realidad.

Y todo por virtud prodigiosa de la palabra. Gómez Pulín lo sabe y cuida, escoge, rebusca, ensaya la frase una y otra vez para conseguir la expresión bella y correcta, la descripción exacta. Porque la palabra tiene un don taumatúrgico, cuando se maneja con maestría y acierto, que nos hace ver el paisaje que nunca conocimos, la interioridad, oculta con celo, del semejante, la profundidad y sabiduría del pensador. La afirmación de que una imagen vale por mil palabras, habitual en la actividad periodística, es una falacia. Con mil palabras pueden mostrarse, sugerirse y dibujarse un número infinito de cosas, tangibles o no, y por supuesto de imágenes, con más intensidad, relieve y capacidad de conmover que las recogidas con la mejor cámara.

Al lector le parecerá el estilo de Gómez Pulín muy sencillo, aunque cuidado y formal. Acierta y hay que subrayarlo. El autor, que posee una vasta cultura, maneja con habilidad los resortes del lenguaje, pero sin veleidades, transgresiones o concesiones al mal gusto en boga; no utiliza esos fáciles ingredientes de los que tanto se abusa hoy, confundiendo modernidad (espíritu abierto a corrientes renovadoras) con chabacanería. Por otra parte, su certera percepción, hace que nos ofrezca particularidades y matices que escapan al observador normal, en el ambiente y en las gentes. No podía ser de otra forma en quien admira a Proust y, de alguna manera, va también en busca del tiempo perdido.

TIERRA SENTIDA está compuesto por un conjunto de recuerdos, relatos y anécdotas. De esta mezcla, aparentemente sin conexión, surge la estampa de una época de acusado tono gris, realizada con ágiles y seguros trazos. Vemos, y conocemos, con nitidez, costumbres, comportamientos, hechos, ideas, mediatizados, influidos y reprimidos por las normas en circulación y por la presión socio-religiosa de aquellos años. Un cuadro vigoroso que mantiene su unidad sin perjuicio de los pormenores, escena y vivencias que lo constituyen.

Se inicia el libro con una leve ojeada a la ciudad y una introducción justificadora. Sigue después un apartado -"intrascendencia"- donde el autor, con un pesimismo que no justifica la viveza de su espíritu, califica las páginas escritas como "epílogo de una juventud". Las breves líneas de esta honda y trascendente "intrascendencia", rezuman agridulce y diluido

desencanto, impregnado de auténtico y acongojado lirismo, que sobrecoge y emociona. ¿Por qué? ¿Cual es la causa de esta desilusión? Quizás se halle en el descubrimiento tardío de que la sociedad obligó, sin compensaciones posteriores, a "ocultar nuestros sentimientos más íntimos", impidiéndoles aflorar con espontaneidad en la ocasión y el tiempo propicios. Sentimientos que, sin duda, eran los más nobles, los más limpios, los más hermosos, y que por aquella difusa fuerza exterior, se escondieron o intentaron apagar... Ahora su rescoldo, al remover las cenizas del pretérito, se reaviva fugazmente y comprendemos, estremecidos, el error...

En "Añoranzas" el autor proyecta, de manera un tanto anárquica, tal y como vienen a la memoria, el ayer con sus acontecimientos, personajes, lugares, sin preocuparse mucho de la cronología. Aparecen, así, el colegio salesiano y su densa y asfixiante atmósfera, sus pequeñas crueldades, sus excesivos rigores, nacidos de una mal entendida moral, perturbadora y distorsionadora de la explosión vital de la niñez; el despertar del instinto al contemplar, escondido, un leve destape; la dulce monjita de "ojos negros de princesa legendaria", la sombra alargada y tenebrosa de la guerra; Amaro, el talaor, y sus narraciones dignas de figurar en una antología de la picaresca; el pugilato santeril y los pasos de Semana Santa; el padre admirado, agrandada su figura por la distancia y el cariño; el trofeo de la cinta bordada por la jovencita de "trenzas de oro"; el llanto maternal reprimido; el enérgico abuelo, duro de fachada, blando de corazón; la muerte... En sucesión atropellada, a borbotones, fluyen, como de un manantial, multitud de seres con su pobre o espléndida humanidad, acaeceres torpes, equívocos o ejemplares, pero todos con fuerza arrolladora y tenso nervio: la Superiora del Asilo y sus problemas teológico-espirituales, que hacen temblar al confesor; Susana, Aurelia, Octavia, las reuniones en el "Refugio", los niños, don Segundo, la tía Retoques, el extraño y escabroso remedio de Consuelo para atraer al marido... Todo un variopinto mundo que goza, sufre, bulle, dormita, pero del que se percibe el cálido palpito de la vida. ¿Historia?... ¿Fábula?... La distinción importa poco. La realidad, para ser comprendida, necesita de la fantasía, de la imaginación, en fortísimas dosis. Y todo lo que cuenta ocurrió, o pudo ocurrir, en el contexto donde se sitúa.

Del esquema pictórico, la lente de observación del autor

nos destaca, finalmente, tres mujeres. No es algo distinto, sino el aumento de las dimensiones de un fragmento del cuadro —una ampliación de algunas figuras— para que sean visibles aspectos y rasgos con una prolijidad que sin este recurso no sería posible. Tres mujeres —Dolores, Susana, Isabel— en la difícil edad en que se avista el declive. Con independencia de los diversos episodios, eventualidades, problemas y condicionamientos de sus existencias, concurren en ellas un hecho común con repercusión profunda: la frustración.

Nada hay tan demoledor de ilusiones, de ensueños, que la rutina insulsa, la vulgaridad torpe, la ineptitud para imprimir a lo cotidiano una chispa de sugestión y encanto; nada existe que empañe y ensombrezca tanto el alma, como la incapacidad para encontrar o inventar ideales, descubrir metas, otear horizontes que justifiquen el quehacer de cada día. Vacío en el vegetar —que no vivir—, vacío en las relaciones conyugales, vacío en el interior... Y decepción. Decepción, como no podía ser menos, en todo, incluso en la aventura extramatrimonial de alguna de ellas. Se vuelven sobre sí mismas y únicamente encuentran la materialidad del cuerpo y sus exigencias; exigencias indeclinables, sin duda, pero sólo satisfactorias, delicadas y exquisitas cuando el corazón se vuelca al exterior gracias a ese fuego sagrado que todo lo sublima: el amor.

La obra termina con una panorámica de la ciudad. El pueblo siempre, como protagonista indiscutido de TIERRA SENTIDA. A Gómez Pulín le seduce su tierra. Y digo seduce y no enamora, porque en la seducción hay componentes subterráneos, atracciones incontroladas é invencibles que envuelven y arrastran, casi con fatalidad, sin que oponer resistencia sea tarea simple. De ahí que en su temática se encuentre siempre la presencia del rincón natal y de los seres que en él han vivido, o viven, con sus inquietudes, grandezas, miserias... Aún cuando no le agraden ni le atraigan; aún cuando sus actos le produzcan cierta tristeza, púdicamente disimulada, como se disimulan y encubren los defectos de aquellos a quienes queremos.

Con indudable maestría se ha plasmado en la narración al pueblo durante un período bastante extenso, resaltando un colectivo que cabalga entre la pequeña burguesía y la clase media. Y nos ha hecho conocer, sentir, enmascarado entre los múltiples tipos y acciones que por las páginas discurren, el

ambiente de la época; ambiente que no ha sido ni privativo ni exclusivo del lugar. Nos guste o no, aquel espacio temporal fue así. Habrá a quienes le parezca anodino, chato, mediocre, descolorido, sin otras inquietudes que la charla de taberna, el juego en el casino, los tetricos sermones de novena, el donjuanismo de boquilla y salón... Para otros es posible que represente nostálgicos momentos, idealizados por la lejanía.

Gómez Pulín ha tenido la destreza y el arrojo de exhibirlo con realismo. El desencanto que se desprende, como vaho de terreno pantanoso al amanecer, no lo evita, ni despeja, ni purifica, la ternura y el lirismo de muchos pasajes. Lirismo y ternura que se disparan con brío, sin que pueda reprimirlos el escritor, cuando tropieza con seres entrañables o instantes particularmente emotivos para él. Lo que tampoco se le puede reprochar ya que, después de todo, aquel tiempo fué también el suyo. Y el de muchos de nosotros.

TIERRA SENTIDA, además de una obra con valores literarios excelentes y soterrada poesía, es un verdadero documento para comprender el pasado reciente de nuestro pueblo; un pretérito que se va alejando de manera irremediable y definitiva.

*Miguel Molina Rabasco*